

EL LOCO: EN EL TAROT Y EN NOSOTROS

Si un hombre persistiera en su locura, se volvería sabio.

WILLIAM BLAKE

El Loco es un nómada enérgico, inmortal y presente en todas partes. Es el más poderoso de todos los Arcanos del Tarot. Puesto que no tiene número fijo, es libre de viajar a su capricho, perturbando el orden establecido en sus correrías. Como ya hemos visto, su fuerza le ha conducido a través de los siglos hasta las cartas actuales, donde sobrevive en la forma del Joker o comodín. Ahí también sigue alterando el orden establecido; si es en el poker, puede sustituir al Rey y a toda su corte. En cualquier otro juego, irrumpe inesperadamente creando lo que llamaríamos un jaleo descomunal.

A veces, cuando hemos perdido una carta le pedimos que la sustituya, función que encaja a la perfección con su matiz multicolor y su amor por la mímica. Pero la mayoría de las veces no sirve a un propósito definido. Quizá lo guardamos en la baraja como si fuera una mascota, de la misma manera que la corte mantenía a su bufón. En Grecia existía la creencia de que dar alojamiento a un loco prevenía del mal de ojo. Guardar el Joker en nuestra baraja puede tener una función similar, ya que hay quien ha llegado a llamar a los juegos de cartas «los retratos del diablo».

El Joker conecta dos mundos entre sí, aquél cotidiano en que la mayoría vivimos la mayor parte del tiempo y el mundo no verbal de la imaginación, poblado por los personajes del Tarot y que visitamos ocasionalmente. Como Puck, el bufón del rey Oberon, nuestro Joker se mueve libremente entre estos dos mundos y, como él también, los confunde de vez en cuando. A pesar de sus maneras algo tramposas, parece importante mantener al Joker en nuestra baraja moderna, para que pueda seguir uniendo los «juegos que la gente juega» con el mundo arquetípico de los antepasados. Sin duda alguna, vigila y transmite nuestros actos a Alguien Allá Arriba.

Actuar como espía del rey era uno de los cometidos importantes del bufón. Tratándose de un personaje privilegiado podía mezclarse fácilmente entre las gentes y husmear entre las charlatanerías y valorar los comentarios políticos. Hay un dicho italiano todavía en uso, «ser como el Loco en el Tarocchi (Tarot)», que quiere decir ser bienvenido en cualquier lugar.

También el loco de Shakespeare podía actuar como el alter ego del rey en otros aspectos importantes. Por ejemplo, en *El rey Lear* parece simbolizar una sabiduría real que el propio Lear no alcanza hasta el final de la obra. Según James Kirsch,¹ el loco del rey Lear personifica la parte central de la psique, la fuerza que nos guía y que Jung llamó el sí-mismo. En el Tarot, como veremos, el Loco tiene a veces el mismo papel. Y como su equivalente shakesperiano, el bufón no para ni un momento de moverse en la escena irrumpiendo aquí y allá sin que nunca podamos atraparlo. Le gusta estar allí donde hay acción, y si no la hay, la crea.

Frecuentemente, los dibujos de bufones de corte aparecen con un perro. Como el perro real, el bufón también pertenecía en propiedad al rey y los dos acompañaban a su dueño a donde fuese. Podemos pensar fácilmente que la relación entre estos dos «animales» de corte fueron muy estrechas, incluso más que las de amo y animal, ya que, en cierto sentido, eran hermanos.

En muchas barajas de Tarot, el Loco aparece con un perrito que le está mordisqueando, como si tratara de decirle algo. En el Tarot de Marsella (fig. 4) podemos imaginar la naturaleza del mensaje del perro. En el Tarot de Waite (fig. 6) el animal parece ladrar para avisarle del peligro que tiene delante. En cualquier caso, el Loco está tan cerca de su lado instintivo que parece no hacerle falta mirar por dónde anda, en el sentido literal de la palabra; su naturaleza animal guía sus pasos. En algunas cartas del Tarot, el Loco está dibujado como ciego, enfatizando así su capacidad de actuar por visión interna más que visual, usando la sabiduría intuitiva en lugar de la lógica convencional.

Como el alocado tercer hermano de los cuentos de hadas, que se atreve a entrar donde los ángeles temen hacerlo y consigue la mano y el reino de la princesa, el modo espontáneo como el Loco se enfrenta a la vida combina a la vez sabiduría, locura e insensatez. Cuando se mezclan estos ingredientes en la proporción adecuada, los resultados son milagrosos, pero si se mezcla la fórmula mal, todo puede acabar en un desastre. Entonces es cuando el Loco enloquece, cosa que, tratándose de un loco, no debe extrañarnos. A menudo se lo dibuja como Tonto, con orejas de burro, pues sabe que admitir la propia ignorancia es la mayor sabiduría y la condición necesaria para todo aprendizaje.

Nuestro Loco interior nos empuja hacia la vida, donde la mente pensante es muy prudente. Lo que desde lejos parece un precipicio puede ser, si nos acercamos a la manera del Loco, simplemente un pequeño barranco. Su energía barre cualquier cosa que se le ponga por delante, arrastrando a otros como si fueran hojas llevadas por el viento.* Sin la energía del Loco, no seríamos más que meras cartulinas.

Nota : El aspecto energizante del Loco está dibujado originalmente en An En-cyclopedia Outline of Masóme, Qabalistic and Rosicrucian Symbolic Phylo-sophy de Manley Hall editada por The Philosophical Research Society, 1968, lámina CXXIX. Allí el Loco en tamaño natural parece salirse de la página llevando, como un imán tras de sí, a todos los demás Arcanos del Tarot que aparecen pintados en miniatura.(fin de nota).

En el libro The Greater Trumps,² Charles Williams explora una idea similar. Ahí el Loco es la figura central del Tarot. Verle bailar es entender el misterio de toda creación, puesto que su esencia lo abarca todo y es paradójica. Camina hacia adelante, aunque mira hacia atrás, conectando así la sabiduría del futuro con la inocencia de la infancia. Su energía es inconsciente y sin rumbo, pero con un claro propósito en sí mismo. Se mueve fuera del espacio y del tiempo. Los aires de la profecía y la poesía moran en su espíritu. Aunque vaga sin rumbo fijo, permanece intacto a través de los años. Su vestimenta multicolor nos recuerda el arco iris con los destellos de la eternidad. Como las formas de un caleidoscopio que aparecen y desaparecen, así el Loco entra y sale de nuestro mundo, irrumpiendo de vez en cuando entre los Arcanos del Tarot como veremos más adelante.

Su naturaleza cambiante parece expresarse en su cetro de bufón, donde figura una cabeza réplica de la suya, con la que frecuentemente está en seria conversación. Esta idea está realizada en formas muy sutiles. En algunas barajas, un Loco de aspecto serio sostiene un espejo, cuya imagen parece burlarse y le saca la lengua. En una baraja austríaca del siglo XV, una mujer bufón sostiene el espejo ¡hacia nosotros! La imagen en el espejo es aquí la de una triste figura masculina, y aparece una inscripción: «Mujer bufón mirando su cara de idiota en un espejo».³

Muchas de las ambigüedades del arquetipo del Loco están dibujadas en una baraja francesa de origen desconocido que alguien me dio hace ya treinta años y que no he visto reproducida en ningún otro lugar (fig. 8). En esta carta, el Loco aparece dibujado como un viejo mendigo con barba blanca y ojos tapados. En su mano derecha lleva su cetro de bufón (su alter ego) de forma que le precede y le guía en sus pasos vacilantes. Quizá hace sonar sus campanillas para advertir al Loco del cocodrilo que espera agazapado. El perrito que ladra a su dueño también parece avisarle de algún peligro. Como señal de que este mendigo está en contacto con su lado instintivo, lleva bajo su

brazo izquierdo un violín. Su música le acompañará mientras cante por su cena en el próximo pueblo, ayudándole a mantener su alma en paz y armonía a lo largo del solitario camino.

En marcado contraste con el joven Loco del Tarot de Waite, al que vimos justo a punto de emprender su aventura, este viejo vagabundo se acerca ahora al final de su largo viaje. No es ciego, pero lleva los ojos vendados, indicándonos que su ceguera es voluntaria para no atender a los estímulos que le llegan del exterior, para poder contemplar la vida con el ojo interior. Ha prescindido también de la compañía humana y se dedica a dialogar con su sí mismo intuitivo, personificado en su cetro de bufón, y con la muda compañía de su perro. La eterna y tradicional figura del arquetipo del triste y sabio Loco se ha mantenido viva en la literatura y el arte a través de los siglos y aparece hoy ante nosotros en la figura del payaso chaplinesco y los tristes bufones, cuyos mundos contemplan al nuestro desde los lienzos de Picasso, Rouault y Buffet. El triste Loco está emparentado con el arquetipo del Viejo Sabio, un prototipo que veremos personificado en la carta número nueve: El Ermitaño.

El lugar que ocupa este bufón en la serie del Tarot es apropiadamente quijotesco. En algunas barajas, con el número cero, abre el mazo; en otras, con el veintidós, clausura el desfile de los Arcanos. Desde nuestro punto de vista, el hecho de que vaya el primero o el último no tiene importancia; es ambos y ninguno de ellos. Por ser una criatura de movimiento perpetuo, bailará a través de las cartas cada día, conectando interminablemente el principio con el fin.

Como es de esperar, los detalles del vestuario del Loco combinan en su diseño muchos opuestos. Su capucha, aunque concebida como burla de la del monje, revela sin embargo una conexión seria con el espíritu. Sus campanillas son eco del momento más solemne de la misa y, haciéndonos recordar la fe infantil de los locos, nos remiten a la exhortación de San Pablo: «Seamos locos, por la causa de Cristo».

El talismán del bufón, una cresta con cascabeles, combina una verdad muy seria con adornos alegres. El gallo con su canto nos avisa del amanecer de un nuevo concienciamiento, un despertar de nuevo a las antiguas verdades. Por lo que se ve, este milagro no se va a efectuar en los cielos estrellados sino en el alboroto del corral. En lugar de amaneceres irisados y ángeles con trompetas de oro, el Loco nos muestra la cresta de un gallo, ese bello y fértil pájaro que tiene una conexión tan significativa

con Getsemaní. A la luz de estos comentarios, parece apropiado pensar que los albigenses, a quienes atribuimos la creación de estos Arcanos, lo escogieron para disfrazarse a sí mismos, como los locos. Sintiendo traicionados por la corrupción de la Iglesia, ellos también proclamaron un nuevo espíritu; debieron sentirse felices al hacer enloquecer a las autoridades, camuflando sus ideas revolucionarias entre las cartas de una baraja de juego. El vestido del Loco es el símbolo por excelencia de la unión de diferentes tipos de opuestos. Sus colores variados y su diseño irregular parecen hablarnos de un espíritu en discordia, aunque entre este caos aparente se discierne un modelo de orden. El Loco se presenta a sí mismo como el puente entre el caótico mundo del inconsciente y el ordenado mundo de la conciencia. Por este motivo, como veremos más adelante, lo relacionamos con el arquetipo del Embaucador.

La palabra «loco» (foot) procede del latín fallis, que quiere decir «fuelle, globo, saco de aire». Una baraja austríaca nos muestra al Loco con capucha de monje y cascabeles, tocando la gaita.⁴ En los circos actuales vemos cómo los payasos llevan fuelles y se sacuden mutuamente con capuchas vacías, manteniendo así la sonada locura de sus orígenes. Los fuelles proporcionan el oxígeno necesario para la combustión, de la misma manera que el Loco proporciona el espíritu o el ímpetu para la acción. Él nos «enciende». A veces el Loco del Tarot lleva una pluma en el sombrero, lo cual nos hace pensar también en su conexión con los espíritus celestiales. El bufón puede ser también como un globo, lleno de aire caliente como la palabra «bufón» sugiere (del latín bufo, que significa «sapo» y del italiano buffare, «soplar»).

En el Loco los extremos se tocan siempre. William Willeford hace notar que tradicionalmente el bufón estuvo conectado con el falo en ambos sentidos, en el impúdico y en el de fertilidad.⁵ El falo se llevaba en las procesiones griegas y romanas, así como también lo llevaban los Arlequines del Renacimiento. Un ejemplo más actual de este tema es el pequeño ser creado por la revista humorística británica Punch, cuyo personaje es un ser diminuto con un inmenso falo. Los bufones de las cortes europeas a menudo llevaban una capucha con forma de falo. Su bastón con dos campanitas colgantes es obviamente otro símbolo de fertilidad; su «herramienta». Al mismo tiempo, este juguete es el cetro del Loco, lo que le conecta con el Rey como su alter ego.

Algunas veces el Loco, a quien pintan como el equivalente del Rey, lleva una corona. La corona es simbólicamente un halo de oro abierto por su parte superior para recibir la iluminación desde lo alto. Así pues, ambos, el rey y el Loco, reciben la inspiración divina. Dado que el rey reina por derecho divino, su equivalente tiene un derecho igualmente divino para criticarle y ofrecerle sugerencias alternativas.

La ilustración siguiente (fig. 9) nos muestra un rey y un bufón actuales.

Sorprendentemente parecidos en su fisonomía, estos dos personajes llevan coronas idénticas y peculiares. Estos tocados son negros, cuadrados y sólidos en su parte alta, así que parecen techos en miniatura que les protegen a la vez de la iluminación del cielo y de sus lágrimas. Muchos creen que estas coronas no tienen valor hoy en día y a los que las llevan se les ha llamado «cuadrados». Estos tocados hacen que todos sus portadores se parezcan y se comporten de manera similar. Como muestra la ilustración, es difícil saber a veces quién es el rey y quién el bufón. La misión del bufón real era recordarle sus extravagancias, la mortalidad de todas las personas, así como ayudarle a defenderse de los frutos de sus pecados y de su propio orgullo. Un bufón que sea casi igual que el rey no puede serle útil en este aspecto, así como tampoco puede defenderle del «mal de ojo». Como se pudo comprobar en «el caso Watergate» en los años setenta, un tribunal compuesto exclusivamente por tiralevistas está condenado.

Debido a que el Loco contiene polos de energía opuestos, es imposible detenerlo. En el momento en el que pensamos que hemos atrapado su esencia da media vuelta, regresa a su opuesto y se burla desde atrás. Es la combinación de su ambivalencia y de su ambigüedad lo que le hace ser tan creativo. Sobre este aspecto del Loco, Charles Williams dijo: «Se le llama Loco, pues la humanidad piensa que está loco hasta conocerlo; es soberano y nada, y si no es nada, entonces es un muerto viviente».6 El Loco abarca todas las posibilidades.

Parece significativo que, hoy en día, los jóvenes de corazón de cualquier edad vayan como él, vestidos de colorines y parches, con capuchas y campanas. Muchos se convierten en trotamundos que viajan con un saco con todas sus pertenencias mundanas a la espalda. Alan McGlashan,⁷ en su libro *The Savage and Beautiful Country*, considera este fenómeno como un intento del inconsciente por volver a las raíces a buscar el creativo suelo del Edén, para reactivar el poder ilimitado de la

primera creación. Muchos jóvenes abandonan en la actualidad reconocidas instituciones de enseñanza superior para buscar la verdad que se halla más profundamente enraizada en el suelo de su ser esencial. Quizá los colores psicodélicos de los años sesenta y setenta ya presagiaban el amanecer de una nueva conciencia para toda la humanidad.

El nombre francés del Loco, Le Fou, afín a la palabra «fuego» (lefeu), hace eco de su conexión con la luz y la energía. Como nos podría decir el mismo bufón: «Soy luz y viajo en la luz» (ambos aman los juegos de palabras). Como un símbolo del fuego de Prometeo, el Loco arquetípico personifica el poder transformador que creó la civilización y que también puede destruirla. Su capacidad para crear o destruir, de orden y de anarquía, se refleja en la manera en que lo presenta el antiguo Tarot de Marsella. Lo descubre andando por su propio camino sin importarle en absoluto lo que la sociedad piense de él, sin siquiera un camino que le guíe, aunque lleva el traje de bufón, lo cual nos indica que posee un lugar preeminente dentro del orden gobernante. En la corte, juega un papel único como compañero del rey, su confidente y crítico privilegiado. Como al Coyote embaucador de los Navajo, al Loco se le concede un papel especial en el orden social. Su presencia sirve a los poderes reinantes como recordatorio de que la necesidad de anarquía existe en la naturaleza humana y que debe de tenerse en cuenta.

La presencia de bufones en cortes y familias nobles empezó en época muy remota y se mantuvo hasta el siglo XVII. Esta práctica nos muestra la idea de que hemos de dejar un lugar al factor que rechazamos en nosotros y admitirlo en nuestra pequeña corte interior, lo que psicológicamente significa que lo hemos de admitir. Es bueno mantener al Loco visible, donde podamos vigilarlo. Si lo excluimos de nuestra conciencia puede jugarnos malas pasadas que, aunque puedan ser «prácticas», son a veces difíciles de apreciar. Si lo aceptamos en nuestro interior, el Loco puede traernos ideas frescas y nuevas energías. Si vamos a beneficiarnos de su vitalidad creativa, hemos de estar dispuestos a soportar su comportamiento poco convencional. Sin sus observaciones crueles y sus sabias amonestaciones nuestro paisaje interior podría tornarse estéril. Así, el antiguo refrán que dice «albergar en casa a un loco protege del mal de ojo» no es solamente una superstición, sino que es una verdad psicológica de valor constante.

Otra técnica usada en la antigüedad para asegurar a la sociedad contra las sublevaciones imprevistas de las necesidades cíclicas de destrucción era conceder ciertos períodos de permisibilidad, como las Fiestas de los Locos, donde se suspendían por unos días todos los convencionalismos establecidos. En estas ocasiones el orden natural de las cosas se trastocaba. Los rituales más sagrados se parodiaban de manera obscena, se ridiculizaba a los dignatarios del Poder y de la Iglesia, permitiendo así que se ventilaran los sentimientos de rebelión y hostilidad que habían estado reprimidos por mucho tiempo.

Hoy en día el espíritu de esta fiesta saturnal pervive diluido en las celebraciones de Carnaval y, en menor escala, en el día de los inocentes, Nochevieja y San Juan, en circos, desfiles, rodeos, festivales de rock y otros acontecimientos en los que pervive el espíritu festivo. La erupción en nuestra cultura de la magia negra, así como el interés creciente por la brujería y los adivinos, nos indica la necesidad que tenemos de incluir lo irracional de una forma más aceptable.

Hay maneras mucho menos dramáticas de aceptar al Loco en nuestras vidas; una de ellas es admitir libremente nuestra propia locura. Cuando logremos hacerlo en una situación conflictiva, los resultados pueden ser insólitos. Al no hallar resistencia, el antagonismo cae de bruces y el adversario se queda haciendo una pirueta en el aire. Más claramente, la energía que antaño usábamos para defender nuestra propia estupidez se libera para usos más creativos. En cuanto se puede abrir el corazón para admitir al Loco, sucede con frecuencia que la risa disipa la hostilidad y todas las partes del anterior conflicto terminan con Puck riéndose de la locura de los mortales. En cualquier caso, el Loco es un buen personaje a quien consultar cuando todos nuestros planes se tuercen, dejándonos desvalidos a la deriva. En estas ocasiones, si escuchamos, podremos oírle decir mientras se encoge de hombros: «Aquél que no tiene meta fija, no puede perder nunca su camino». Como ya he mencionado antes, hay muchísimas versiones del Tarot. Hemos mostrado varias de las diferentes figuras del Loco en el Tarot, ya que cada una de ellas permite resaltar alguna faceta importante de su compleja personalidad. La primera de ellas es una vieja carta suiza (fig. 5) que nos lo muestra como puer aeter-nus, joven de vigor inmortal (aunque tenga siglos de edad). Su cetro recuerda la flauta mágica de

Papageno, que podía hacer bailar a sus enemigos tras disipar su odio. Si pudiéramos sintonizar con ella, sin duda sería una bella manera de evitar la discordia y la guerra. La flauta también nos recuerda aquel infame «Flautista de Ha-melin». (Existe de hecho una baraja alemana en la que dibujan al Joker como el flautista seguido por ratas encantadas.) De esta misma manera, el Loco de la baraja suiza puede sacarnos de los convencionalismos en los que estamos inmersos y devolvernos al mundo infantil de la fantasía y de la imaginación. Hay que tener cuidado, sin embargo, con su magia: si olvidáramos pagarle podría tenernos bailando como sus ratones, prisioneros en el mundo de los instintos, sin ningún tipo de salvación hasta que le hayamos pagado la deuda pendiente. Parece urgimos a mantener una buena relación con nuestro Loco. Así, como él, podremos viajar libremente, entrar y salir de los mundos de la fantasía etérea y de la realidad terrena.

Un buen ejemplo del acuerdo laboral entre el mundo de los adultos y el de la eterna niñez se simboliza en la historia de Peter Pan. Este chico, como el flautista de Hamelin, se llevaba a los niños fuera de lo establecido. Aunque no llevara los cascabeles del Loco, podía volar y le gustaba cantar como un gallo. Como el Loco arquetípico, abarca los opuestos, ya que tiene una sombra oscura que sabiamente cosió sobre sí mismo para que no se le perdiera ni olvidara.

Cuando Peter Pan se llevó los niños de la señora Darling al país de Nunca-Jamás, ésta quedó muy desconsolada, así que Peter Pan hizo un trato con lo establecido: Wendy podría vivir en su casa la mayor parte del tiempo con la condición de que, de vez en cuando, apareciera por el país de Nunca-Jamás para ayudar en la limpieza de primavera. Quizá, si admitimos al Loco en nuestra vida, nos enseñe a volar y nos provea de un salvoconducto para su país, siempre que le ayudemos a arreglarse un poco. Por supuesto, necesita nuestro intelecto ordenado en su país de Nunca-Jamás tanto como nosotros necesitamos su vitalidad y su creatividad para nuestro mundo de Siempre-Siempre.

El aspecto engañoso del Loco es realmente engañoso. Como observa Joseph Henderson, el tramposo es completamente amoral. No se somete a disciplina alguna y sólo se deja guiar por su actitud experimental hacia la vida; de la figura de este tramposo finalmente surge la del Héroe-Salvador. Una necesidad ineludible para esta transformación es que el joven tramposo tenga que pagar por sus escándalos.

Literalmente, Henderson dice que «el impulso del tramposo nos proporciona el mayor obstáculo para la iniciación y es uno de los problemas más duros que tiene que resolver la educación, puesto que parece como una ilegalidad divinamente sancionada que promete convertirse en heroica».8

Debido, quizá, al tardío reconocimiento del poder heroico de la juventud, la sociedad admite hoy sus maneras y modos, vestimentas e incluso cierta ilegalidad en los jóvenes. El hecho de que muchos adultos adopten vestidos y costumbres juveniles puede indicar un intento inconsciente de encontrar en ellos mismos su potencial heroico no realizado.

Algunas veces, este ensayo inconsciente de contactar con el potencial irrealizado de heroísmo interior puede surgir de manera extraña y violenta. Un ejemplo notorio fue el intento de asesinar al presidente Ford, que protagonizó la joven Squeaky Fromm. No contenta con hacer el papel del bufón arquetipo, como un atrevido equilibrio de las reglas y leyes establecidas, Squeaky quiso acabar de una vez con el establishment. «No resultó», dijo ella. Pero este joven Loco descarriado consumió su actuación cuando en la portada de la revista Newsweek (15 de Septiembre, 1975) apareció su fotografía llevando en la cabeza la típica gorra roja del Loco(fig. 10).

En nuestro viaje hacia la individuación, el Loco arquetípico a menudo nos muestra tanto la resistencia como la iniciativa inherentes a su naturaleza, e influye en nuestras vidas de manera más creativa y menos drástica. Su curiosidad impulsiva nos conduce hacia sueños imposibles mientras que, al mismo tiempo, su naturaleza juguetona nos devuelve de nuevo al mundo fácil de nuestra infancia. Sin él no emprenderíamos nunca el esfuerzo del autoco-nocimiento; pero con él estamos siempre tentados de quedarnos vagando por los alrededores. Dado que es una parte de nosotros mismos separada de nuestro ego consciente, puede tendernos trampas mentales, como mínimo confundiendo nuestra lengua o provocándonos lapsus. A veces, sus bromas nos introducen en lugares donde nuestro ego nunca se hubiera atrevido a ir.*

Nota : Por ejemplo, mi Loco interior me condujo hace veinte años a iniciar un análisis junguiano («sólo una hora para ver de qué se trataba») y ahí estoy aún, ya que este viaje no acaba nunca. (Fin de nota.)

Es evidente que el Loco como Héroe-Tramposo puede jugarnos pasadas buenas o malas según el punto de vista de cada uno. Marie Louise von Franz lo califica de «mitad diablo mitad salvador... puede ser a la vez destruido, transformado o reformado al final de la historia».9 En los siguientes capítulos vamos a ver al Loco del Tarot (y/o héroe) a través de los veintiún estadios de su transformación. Muchos milagros han de suceder para que el loco conglomerado de energías simbolizado por el bufón en la carta cero, emerja en la carta veintiuno como el Mundo, un bailarín sereno que se mueve al ritmo de las esferas. En la baraja suiza, al Loco se le llama Le Mat, literalmente «el demente». A menudo, los bufones de la corte eran realmente retrasados mentales. Aunque cortos en materia de intelecto, tenían una relación especial con el espíritu. Cuando llama a este Loco «una figura religiosa arquetípica», von Franz la conecta con la función inferior, el término junguiano para el aspecto no desarrollado de la psique. En su *Jibro Lectures on Jung's Typology* compara al Loco con «una parte de la personalidad, incluso de la humanidad, que quedó atrás, arrinconada, y por eso lleva aún en sí la totalidad original de la naturaleza».10

Cariñosamente llamados a veces «los amigos de Dios», estos locos eran mantenidos y mimados por la sociedad. Esta costumbre sobrevive hoy y tiene su paralelismo en «el tonto del pueblo», que suele ser mantenido y protegido por toda la villa. Solamente en las sociedades que se llaman a sí mismas desarrolladas, estas aberraciones de la norma ya no se toleran sino que se les envía a instituciones.

Si el Loco se presentara por ahí con su nombre italiano, // Mat-to, esto es el demente, seguramente lo habrían echado de nuestra sociedad, pues la demencia es una condición del espíritu humano muy temida hoy en día. Aquí también vemos cómo el poder establecido se vuelve cada vez más intolerante con lo que se desvíe de lo que se ha decidido llamar «normal». No cabe la menor duda de que el aumento alarmante del consumo de drogas es atribuible, en parte, a la severidad de las generaciones que nos precedieron. Aparentemente, sólo las drogas podrían hacer que la conciencia se durmiera tanto como para sentirnos capaces de derribar las barreras artificiales que separaban estos dos mundos. Ahora, muchos de los que usaron drogas para dinamitar el camino que les sacaba de aquella rígida prisión cultural, se encuentran desarmados al otro lado de la barrera, incapaces de encontrar cobijo de ningún tipo ante los

caóticos vendavales de la psicosis. Las enfermedades mentales aumentan de manera alarmante. Irónica pero no sorprendentemente, la cosa que más temíamos nos ha caído encima. Paradójicamente, la ruta hacia la verdadera salud pasa a menudo a través del infantilismo y la locura. En ciertas ceremonias primitivas, el médico y el paciente actúan «como locos» para conseguir que el mal imperante se invierta, convirtiéndose en su opuesto. En *El rey Lear*, el protagonista, desamparado como un niño, tiene que vagar sin ayuda de ningún tipo por las tormentas y por los calores hasta que por fin puede llegar a una nueva, real y clara visión de su alma. Es una característica de la visión interior de Shakespeare que Edgardo, disfrazado de loco, sea el que conduzca a Lear hasta la salud mental. El Loco puede hacer de demonio, induciéndonos a la locura, pero puede también conducirnos hacia el camino de la salvación.

Comentando el aspecto salvador del infantilismo y la locura, McGlashan dice lo siguiente: «El hombre debe regresar hasta sus orígenes personales y raciales, y aprender de nuevo las verdades de la imaginación. Y en este trabajo le van a ayudar dos extraños maestros: el niño, quien ha entrado a medias en el mundo racional del espacio y del tiempo, y el loco, que ha escapado a medias de él. Pues sólo estos dos seres están liberados, de algún modo, de la presión del remordimiento del acontecer diario y del incesante impacto de los sentidos externos que atormentan al resto de la humanidad. Estos dos tipos originales viajan ligeros, van lejos en sus solitarios viajes trayéndonos a veces una ramita brillante del Bosque de Oro por el que se han paseado.»¹¹

El Loco como Salvador en potencia es lo que muestra la baraja pintada con cariño a principios de siglo bajo la dirección de A. E. Waite. Este delicioso joven paje con su vestido floreado y una rosa en la mano, parece casi andrógino, combinando de modo feliz las cualidades masculinas y femeninas a la vez. En muchas culturas primitivas los dioses, así como los primeros humanos, se consideraban bisexuales, lo que simbolizaba el primitivo estado de totalidad que existía antes de que se separaran los opuestos: cielo-tierra, macho-hembra.

El vestido que lleva el Loco le conecta, pues, con las dos cosas a la vez: con el poder primordial del Creador y con la inocencia de lo recién creado. A pesar del precipicio que tiene delante, el joven Loco de Waite baila sin preocuparse por ello. Su cabeza

está rodeada de las nubes de ensueño de un mundo perfecto, liberado de toda miseria, y su corazón anhela aventuras y amoríos. Tiene un aspecto tan ingenuo como Parsifal. Como Parsifal, el Gran Loco, no tiene ni idea de lo que debe preguntarle a la vida, o ni siquiera que haya que preguntarle algo; tiene, sin embargo, un perrito que puede olfatear el peligro y le ayudará a evitarlo.

Como le sucede a Parsifal, la conexión que tiene el Loco con su aspecto instintivo tiene el poder de salvarle no sólo a él, sino a toda la humanidad. Joseph Campbell ha escrito que es precisamente la completa seguridad que Parsifal tenía en su intuición natural lo que le hacía pasar por alto las costumbres establecidas, los convencionalismos y los consejos de sus mayores, de manera que al final hizo la única y sencilla pregunta necesaria para redimir al Mundo Perdido en su totalidad. Quizás el joven Loco de Waite se salvará a sí mismo (y a todos nosotros). Como le sucede al príncipe Mishkin de *El idiota* de Dostoievski, es la personificación del poder redentor de la sencillez más la fe. Como todos los locos, ha sido tocado por la mano de Dios.

Dios toca a los locos de muchas maneras; en tiempos pasados, las deformidades del cuerpo se veían como señales especiales de Dios. Enanos, jorobados, eran escogidos a menudo para hacer de bufones en las cortes o casas reales de la época. Algunos padres avariciosos hicieron que sus hijos sufrieran tales deformaciones vendándoles para que pudieran aspirar a ocupar ese lugar tan deseado en la corte. Sin pararse a comprobar si estos seres eran así debido a la mano milagrosa de Dios o a los trucos y la maldad de sus padres, lo cierto es que la mayoría de las veces eran seres dotados de una profundidad y sabiduría insólitas. Excluidos por su deformidad física de los intereses y actividades de la mayoría de las personas, a través de su sufrimiento y de su soledad estas gentes se vieron forzadas a encontrar recursos en su propio interior. La ironía del payaso triste ha sido tema de grandes obras de arte, como el lienzo de Picasso, el de Rouault y también en el escenario, *Rigoletto* y *Pagliacci*, pero en ningún sitio ha sido tan admirablemente descrita la dignidad humana y la capacidad del espíritu de trascender el sufrimiento como en *Don Sebastián de Morra*, de Velázquez.

El Loco, sea como bufón, como payaso de circo o como tramposo, es siempre un ser solitario y triste que está alejado del cotilleo anónimo que disfruta del mundo que le rodea. En la baraja moderna llamada Tarot acuario, aparece el Loco que capta esta idea solemne de otra manera (fig. 7). En los anteriores locos de otras barajas, lo hemos

visto siempre moviéndose hacia la derecha (tradicionalmente el lado de la consciencia), mientras que aquí lo hace hacia la izquierda, hacia la siniestra (lado de la inconsciencia). Todos los otros locos están saliendo hacia el mundo extravertido de la acción, simbolizando la evolución de la conciencia hacia la experiencia exterior. El Loco acuariano, como no lo hicieron muchos jóvenes de las generaciones anteriores, se marcha de este tipo de realidad para llegar con calma a vislumbrar el borde de otro mundo. Quizás como muchos jóvenes de su edad, está saliendo a la exploración del mundo interior de sueños y visiones. Es de lejos el más solemne de todos los Locos que hemos visto hasta ahora, es el único que parece estar mirando hacia donde va. Parece estar dirigiendo su mirada a una meta distante. Aunque esté dibujado como un joven, no hay nada en él que nos haga pensar en un alocado jovencito inexperto que se lance sin meta alguna. Parece como si estuviera pensando seriamente en los pasos de la autorrealización con la dedicación y el propósito que sólo son habituales en la segunda mitad de la vida. Parece como si se retirara de la vida, antes de haberla vivido. Quizás presiente que nuestro mundo y sus valores no le proporcionan oportunidad para la autorrealización. En principio, al regreso de este viaje a su interior, va a traernos nuevas ideas para crear un mundo que haga su esfuerzo más valioso.

El Loco del Tarot acuariano es un espejo fiel de la seriedad y la tristeza de los jóvenes de hoy, que tienen el sentimiento de haber nacido en un mundo que les es extraño, ya que no es el mismo que conocieron sus padres. Margaret Mead señala a menudo que, quienquiera que haya nacido en este mundo después de la segunda guerra mundial, lo hace en un mundo científico y cultural desconocido para sus padres, y que seguirá siéndolo por siempre jamás. El problema no es sólo el de una incompreensión entre ambas generaciones, sino que existe un abismo cultural tan enorme que podría decirse que los jóvenes de hoy han aterrizado en un nuevo planeta, física y psicológicamente.

No cabe duda de que éste es el abismo que el joven del Tarot de Waite no veía venir. ¡Qué gran contraste entre este Loco de fin de siglo y el actual acuariano! Cuando se mira a este nuevo viajero, se siente la confianza de que él sí que tiene la capacidad de convertirse en el Héroe Salvador que matará al dragón y nos conducirá al nuevo reino. Parece que para esto, en primer lugar, jóvenes y mayores, tenemos que bajar y tocar con los pies en el suelo y enfrentar después juntos este abismo real. Quizás hace falta

incluso que caigamos dentro y toquemos fondo para encontrar entonces una base común sobre la cual construir un nuevo mundo.

En el Tarot de Marsella el Loco es el número cero, hecho notable, pues el número bajo el cual «nació» nos ilumina dándonos a conocer su carácter y su destino. Como las estrellas, los números brillan con una realidad eterna que trasciende el lenguaje y la geografía. Se les ha llamado «los huesos del universo», puesto que son los arquetipos que simbolizan la interrelación entre las cosas mortales y las inmortales.

Las palabras son la expresión de las ideas de los hombres; los números, expresan las realidades de Dios.

El concepto de cero, desconocido en el mundo antiguo, no apareció en Europa hasta el siglo XII. El descubrimiento de esta aparente «nada» amplió de una manera importante el pensamiento del hombre. Prácticamente, creó el sistema decimal, y filosóficamente descubrió la asombrosa paradoja de que «nada» ocupa un espacio y contiene un poder. Parece, pues, apropiado asignar el cero al Loco. En las antiguas cartas italianas de Tarocchi, el Loco, fiel a la forma, no tenía valor ninguno por sí mismo, pero aumentaba el valor de la carta junto a la cual aparecía. Como el vacío e inútil cero, la magia del Loco puede convertir un uno en un millón.

El poder del cero es inherente a su forma circular. Para experimentar las cualidades que son esenciales a esta forma, nos ayudaría contrastar el tacto de un círculo y el de un cuadrado. Supongamos que se quiere dibujar un círculo perfecto. Lo primero que se hará es fijar una de las partes del compás en un punto, el cual pasará a ser el centro. Después de eso, ya se puede trazar la circunferencia del círculo. Mientras no se haya decidido el centro, no se puede dibujar el círculo. Aquí no cabe preguntarse si el huevo fue antes que la gallina, lo cierto es que el centro es lo primero; es, de hecho, central a todo el concepto de «círculo», cosa que no sucede en ninguna otra figura geométrica.

Un círculo con un punto en su centro es el signo universal para designar el sol, fuente de todo calor, luz y poder. Este jeroglífico también designa el Huevo del Mundo, de cuyo fértil centro surgió y sigue surgiendo toda creación. El loco, cuyo vestido de colores abirragados han llamado muchos el movimiento continuo de lo que no tiene centro, al igual que su número cero, no expresa nada y lo contiene todo.

Pruebe a dibujar un círculo en el aire; este movimiento es tan natural y tan fácil que habiendo empezado es difícil no llegar hasta el final. Se puede sentir cómo el círculo ha pasado a significar lo naturalmente lleno, el movimiento perpetuo y lo infinito. No le pasa lo mismo, por supuesto, al cuadrado. Para dibujar el más primitivo de los rectángulos se necesitan cuatro trazos diferentes y, además, para hacerlo perfecto, necesita medidas precisas. No es algo que se pueda hacer con una cuerda. El cuadrado perfecto no se encuentra en ningún sitio en la naturaleza: es, pues, una creación del hombre.

El hombre se siente íntimamente ligado al movimiento circular en cada uno de los segundos de su vida a través de su respiración y del fluir de su sangre. El viaje de nuestra vida es también circular, ya que nos movemos desde la intuición infantil de la niñez, a través del conocimiento, otra vez hacia la percepción intuitiva que es la sabiduría de la edad adulta. Un círculo tiene características que son únicas, su indivisibilidad y su indestructibilidad; es por tanto inmortal. No así el cuadrado. Pruebe este experimento. Pinte y recorte un círculo en un cartón, lo parte por el medio y se lo enseña a alguien y le pregunta qué es. Lo probable es que le digan: «dos semicírculos» o bien «un círculo partido por la mitad». Después hace lo mismo con un cuadrado, cortado en diagonal o bien por su mitad vertical, pregunte otra vez qué es lo que ven. La gente le va a contestar ahora: «dos triángulos» o «dos rectángulos», según lo haya cortado. En estos ejemplos, el círculo mantuvo su identidad mientras que el cuadrado la perdió. El cero es asimismo indestructible, ya que no se puede modificar con la suma de algo, ni con la resta, ni con la multiplicación ni con la división.

El círculo refleja la forma de los eternos planetas y de la gran cúpula del cielo, conectando a éstos con nuestro globo terráqueo y recordándonos que nosotros también flotamos en el espacio celeste • Si nos colocamos en una habitación circular cuyas paredes exteriores sean de cristal, podríamos abrazar el universo; pero escogemos vivir en cubículos cuadrados cuyas ventanas muestran a nuestra inspección vistas pre-seleccionadas y enmarcadas para excluir a la naturaleza. Nos gusta repartirnos el mundo de acuerdo con los moldes humanos en vez de exponernos nosotros mismos al libre fluir de la naturaleza que es donde mora y se mueve el Loco inclasificable.

Con lo que hemos dicho hasta aquí puede verse fácilmente que el emblema del Loco se ha convertido en el símbolo de la deidad no manifiesta, del primitivo caos o vacío de donde surgió por primera vez el cosmos y todo lo creado. Se le ha conectado con el signo cabalístico «En Soph» o la Luz Ilimitada, el principio activo de la existencia previo a su manifestación material, la nada de la cual proceden todas las cosas. Es por lo tanto lo que en alquimia se llama la Prima Materia o el fondo de las cosas: «aquello en lo que todos empezamos».

El círculo también simboliza el Jardín del Edén, el paraíso, ese bendito estado de inconsciencia e inocencia que la humanidad experimentó antes de caer en las duras realidades de la consciencia. Representa aquel vientre feliz que nos cobijó a todos como aquel «érase una vez», antes de que el conocimiento de los opuestos prohibidos se deslizara en nuestro jardín. Muchas pinturas muestran el jardín del paraíso como un círculo; en el cuadro de Paolo llamado «La expulsión», vemos un círculo en cuyo centro un mundo redondo y verde está rodeado por un arco iris. Es el mundo del Loco y sus colores, el mundo donde vive y desde donde nos visita alguna vez, trayéndonos nubes de su gloria perpetua.

En el cielo que está por encima del Edén, Paolo nos muestra al Señor; con un dedo rígido señala a Adán y a Eva sacándolos de este jardín para hacerles peregrinar sin hogar por siempre jamás. ¿Podemos sentirnos identificados con estos dos? ¡Cómo ansiamos volver al hogar, al vientre del tiempo e introducirnos en él de nuevo! La nostalgia que sentimos de nuestra infancia así como del lugar de nuestro nacimiento refleja la gran añoranza de ser contenidos de nuevo en el Círculo Perfecto.

En muchas pinturas un círculo en el cielo representa un lugar sagrado, un sagrado témenos desde donde los poderes celestiales aparecen de manera milagrosa, desde donde los poderes divinos irrumpen en el conocimiento humano. Esta forma se utilizará en muchas cartas del Tarot, como veremos más adelante, y será comentada en capítulos posteriores.

Es interesante observar que la palabra «cifra» nos conecta con la letra hebrea sephiroth, los diez puntos del Árbol cabalístico de la vida donde se manifiesta el poder divino.

En su cuadro «Dios creando el Universo» William Blake utiliza este símbolo para mostrarnos lo que él llama «el habitáculo secreto de la deidad invisible» (fig. 11). Desde este círculo, una deidad con barba blanca saca un brazo largo para disponerse a

crear, compás en mano, nuestro microcósmico mundo a imagen y semejanza de su Mundo Perfecto. Dado que la deidad no puede crear nuestro mundo sin antes fijar un centro, la pintura de Blake nos tranquilizará mostrándonos que nuestro mundo tiene también su centro, un punto central de orden y significado escondido en el centro, si logramos encontrar el camino hacia él.

Hay mil maneras en las que nuestro mundo refleja el Gran Círculo Superior. Muchas son las culturas que han creado templos e iglesias en forma circular: Stonehenge, Santa Sofía, el templo de Delfos son los ejemplos más destacados. La etimología de la palabra «círculo» nos conecta con todo lo dicho anteriormente. Las palabras inglesas «church» y «kirk» se relacionan con «circle», círculo, y ésta, como lugar de reunión popular, nos remite a iglesia, reunión de fieles. La palabra griega kirkos (pregonero) era el nombre de la imagen del sacerdocio. Vemos pues cómo el Loco, fiel al viaje espiritual, merece este cero así como la pluma de su gorro.

Una creencia muy común es la de atribuir al círculo el poder de expulsar los malos espíritus fuera de su contorno y concentrar y limitar las energías. La mesa redonda del rey Arturo tenía ese significado misterioso y a menudo la pintan con el Santo Grial apareciendo milagrosamente en el centro, mientras alrededor de la misma los caballeros sentados se maravillan. Cualquier mesa redonda, esfera o rueda zodiacal nos hace pensar en una de las características del círculo del Loco, y es la de reunir a las personas alrededor y en relación íntima entre sí, más que en otros lugares donde se está más bien separado y en un orden jerárquico. Un círculo no tiene extremo ni cabecera y cualquier cosa o persona está a igual distancia del centro. Esta puede ser la razón por la que nuestros diplomáticos utilizan este tipo de mesas para resolver los problemas internacionales.

Ciertos discos, que hoy en día despiertan nuestro interés (y que están estrechamente relacionados con el Loco), son los platillos volantes, esos ceros que llegan de mundos presumiblemente superiores y más allá de nuestra comprensión.

Jung nos sugirió que estos «círculos celestes» que se veían o que se creen ver, pueden significar que una nueva imagen de la plenitud está a punto de irrumpir en la consciencia (Flying Saucers; A Modern Myth).¹² Estos platillos volantes padecen la misma suerte que todas las visiones internas, se les tacha de «locuras» y se etiquetan como «sin importancia», como le sucede al mismo bufón. La Nada es un símbolo

perfecto para el estado de plenitud indivisa precedente a la creación de las cosas. El mundo de la experiencia cotidiana es verdaderamente una ilusión creada por el ser humano, es lo que los hindúes llaman «las diez mil cosas». Nosotros creamos el mundo que vemos tanto psicológica como físicamente. Todo lo que hay en él procede de la nada cuando nacemos y todo volverá a la nada cuando muramos; esta nada está fuera del tiempo y del espacio. Es pura naturaleza, es la esencia encubierta, detrás del velo. «Hacemos barcos de arcilla» decía Lao-Tse, «pero su verdadera importancia está en su oquedad, en su vacío». Para encontrar de nuevo este vacío natural y llenar nuestro espíritu de la infinita bondad del silencio es para lo que se han recuperado la mayoría de los ejercicios de meditación. Mientras no hallemos el silencio que existió antes de la primera palabra de la creación, no podremos encontrar un mundo nuevamente creativo. La idea del círculo como principio y fin del viaje está expresada simbólicamente por la serpiente mítica que se come la cola, el Uróboros mitológico; se crea, se alimenta de sí mismo y se transforma al tragarse su cola. Su forma circular nos habla de la naturaleza inconsciente, (del primer vientre antes de la creación de los opuestos) deseada al final del viaje.

Según dice san Buenaventura: «Dios es una esfera inaprehensible cuyo centro está en todas partes y cuya circunferencia está en ningún sitio».13 Fijar al Loco, incluso en el amplio mundo del círculo, es imposible; podríamos decir, quizá, que representa una parte de nosotros la cual, inocente pero sabiendo lo que hace, se ve embarcada en la búsqueda del autoconocimiento. A través de ella tendremos experiencias que nos parecerán locas, pero que luego reconoceremos como cruciales para la conformación de nuestras vidas. Jung definió el ego como «el centro de la consciencia». El self (sí-mismo) es el término que él usa para denotar el centro de la totalidad de la psique, un centro de amplio conocimiento y estabilidad. Como nos mostrará el Loco con su danza circular, el sí-mismo no es algo que inventemos nosotros, ni es tampoco una zanahoria dorada que llevamos delante de nuestra nariz toda la vida. El sí-mismo es algo que está ahí desde el principio; el ego es, si se quiere, lo que hacemos, el sí-mismo se nos dio. Existe antes de nuestro nacimiento, durante nuestro nacimiento y después de nuestra muerte. Está en nosotros siempre, esperando que volvamos a casa e incluso nos apremia a ello, ya

que aquí no hay marcha atrás. Nuestro viaje, como el del Loco, es circular. Como dice C. G. Jung:

«El ego se enfrenta al sí-mismo, como el móvil a su motor, como el objeto al sujeto. El sí-mismo, como el inconsciente es algo que existe previamente y de donde surge el ego. Es, por decirlo de alguna manera, una prefiguración inconsciente del • ego. No soy yo el que se crea a sí mismo, pero sí que me sucedo a mí mismo.»¹⁴

La iridiscencia del Loco no puede limitarse a palabras, pero la cita anterior parece captar algo de sus colores cambiantes. Podemos decir que el Loco del Tarot es el sí-mismo como una prefiguración inconsciente del ego. Me parece que incluso el Loco encontraría esta definición lo bastante ambigua. Si está riendo, es para demostrarnos que el humor es un ingrediente en nuestras relaciones y algo necesario y agradable para cualquier viaje.

William Butler Yeats lo entendió así. Fue por ahí buscando historietas jocosas del pueblo de Irlanda. En una de éstas, «La reina y el Loco», nos enseña que el Loco de nuestro Tarot vive aún hoy en Irlanda. Aquellos que le vieron dicen que lleva una barba moteada y le gusta aparecer inesperadamente en lugares insólitos.

«He oído decir a un hearne, un hechicero, que vive en la frontera de Clare y el país de Gales, que en cada “comunidad de hadas” existe una Reina y un Loco y si uno de ellos te “toca” no te recuperas jamás; solamente podrás recuperarte si te toca otro duende. Él dijo del Loco que era acaso “el más sabio de todos” y lo describió luego “vestido como uno de esos actores que vagabundean por el país...” La mujer del viejo molinero dijo: “Se dice que los duendes son buenos vecinos en general, pero que del contacto con el Loco, de eso no te cura nadie, ¡quedas ido!”.»¹⁵

Del golpe del Loco, uno no se recupera, pero ¿quién quiere recuperarse?